

enviar sus tropas contra Francia; se limitó á repetir á Cobenzel que deseaba ver al Austria en paz, con compensaciones á ser posible, ó á lo menos, con escasas pérdidas. De nada sirvió que el embajador austriaco le propusiese, para halagar su vanidad, entenderse con Viena respecto á las condiciones; Pablo respondió con firmeza: «No me apartaré de mis principios; haced la paz sin retroceder ante ningún sacrificio». No hay para qué decir la terrible impresión que estas revelaciones produjeron en Thugut, viendo á su detestada rival aspirar á nuevas adquisiciones territoriales á costa del Imperio. Desde entonces, lo primero de todo para el ministro imperial era combatir á Prusia, y para ello, concluir la paz con Francia, sin dejar en el tratado ningún resquicio abierto á las ambiciones de Berlín. He aquí por qué Thugut, que en la primavera del noventa y cinco aconsejaba al Emperador abandonar á su suerte los Estados del Imperio y adoptar en la Europa Oriental una política meramente austriaca, sostenía ahora con empeño que el Emperador debía cuidar ante todo de mantener íntegra la Constitución imperial, negándose á toda compensación en la margen izquierda del Rin que pudiese ponerla en peligro.

Thugut se afirmó en esta política al leer la carta que le escribió Grenville el tres de Marzo, anunciándole con gran satisfacción que la corte de Berlín había expresado vehementemente deseo de que se restableciese la antigua inteligencia entre Prusia y Austria. Para el ministro imperial, no había duda: era aquello una nueva añagaza del astuto gabinete berlinés, que buscaba, por medio de una amistad hipócrita, asegurarse el apoyo de Inglaterra para la realización de sus criminales planes. Pero Thugut se equivocaba; le cegaba el odio á Prusia. La noticia era exacta punto por punto. Federico Guillermo II sentía cada día mayor aversión á Francia; arrepentido estaba de haber firmado el tratado de Febrero; deseaba sinceramente que no se realizase la paz del Imperio con la cesión de la margen izquierda del Rin, y mandaba á sus ministros y á su embajador en París defender enérgicamente la integridad del Imperio alemán, renunciando por su parte á las secularizaciones y agrandamientos. Y estas nuevas disposiciones del soberano prusiano no eran un secreto para nadie, y menos para Thugut. En Diciembre del noventa y seis, Carnot propuso al embajador prusiano ejercer de mediador entre Francia y Austria, á lo que respondió el gabinete de Berlín, el diez y ocho de Marzo, que comunicaría con gusto á las potencias aliadas las intenciones pacíficas del Directorio y que trabajaría con todas sus fuerzas para alcanzar el fin deseado; pero que no aceptaría el cargo de mediador oficial sino cuando Francia reconociese formalmente el gran principio de la integridad del Imperio alemán. En su consecuencia, el ministro prusiano dió á su Encargado de negocios en Viena la orden de comunicar á Thugut que su soberano estaba dispuesto á aceptar la función de mediador, tomando por base la integridad de la Constitución imperial. ¡Hermosa ocasión para haber reanudado su alianza las dos potencias alemanas! Pero Thugut no quiso creer en la buena fe de Prusia, y rechazó la mano que se le tendía. «Estos prusianos, de-

cia, acaban de decidir á la corte de Turin á ofrecer la isla de Cerdeña á los franceses, á cambio de Milán. Fuera, hablan de la integridad de las fronteras del Imperio; dentro, trabajan en destruir la Constitución imperial, para poder pescar en agua turbia.... En un solo caso podría fiarse de su palabra: el de que tuviesen que temer por parte de Rusia. Si esta potencia no interviene como mediadora en la negociación, el Emperador no puede fiar el cuidado de sus más caros intereses á su enemigo hereditario». De nada sirvió que su antiguo amigo, el embajador inglés Eden, le presentase la cuestión desde el verdadero punto de vista; la pasión incapacitaba á Thugut de creer en la honradez de Prusia. En esto, le llegó la carta de Bonaparte al Archiduque Carlos. «En las presentes circunstancias, dijo inmediatamente al embajador inglés, no podemos rechazar las proposiciones del general. Todos aquí claman por la paz, y es mucho mejor entablar negociaciones separadas con Francia que aceptar la mediación de Prusia sin el concurso de Rusia». En su virtud, el siete de Abril fueron enviados al campamento francés el conde Merveldt y Bellegarde, para obtener una tregua y, á ser posible, un bosquejo de las condiciones.

En cuanto á la tregua, Bonaparte respondió á los emisarios austriacos que no podía acceder á interrumpir las operaciones militares sin la certeza de iniciarse al punto una negociación formal para la paz; y respecto de las condiciones de ésta, manifestó que no podía declararlas sino á persona autorizada para tratar. Solamente se dejó decir en el curso de la conversación, como cosa natural, que no aceptaría ninguna negociación si Austria no estaba dispuesta á ceder la margen izquierda del Rin. De Italia, ni una palabra. Ante tales exigencias, los comisionados manifestaron que el Emperador seguiría luchando aun á trueque de perder á Viena, y entonces Bonaparte, cambiando de tono, les expresó que su exigencia de la frontera del Rin y su silencio respecto de Italia significaban simplemente que este último punto quedaba reservado para la discusión. Oída esta aclaración, los austriacos insistieron en la suspensión de armas, que Bonaparte se resistió á conceder hasta media noche, y limitó á seis días, durante los cuales debería entablarse la negociación para la paz. Merveldt y Bellegarde se apresuraron á regresar á Viena, para dar cuenta á Thugut del resultado de su gestión.

Thugut aceptó lo que Bonaparte le ofrecía. Estaba harto de las acometidas que á toda hora le daban los partidarios de la paz á todo trance. Starhemberg había presentado al Emperador una Memoria de tintas mucho más sombrías que la de Trautmannsdorf; el archiduque Carlos no cesaba de quejarse de la desorganización de sus tropas, y pedía, como único medio de salvación, que se trajese todo el ejército del Rin para defender á Viena, y el mismo Emperador, en fin, andaba en barruntos de trasladar su residencia á Praga. Irritábale á Thugut tamaña pusilanimidad, que á su juicio nada justificaba. «Todo el ejército ha perdido la cabeza; escribía á Colloredo; la máquina del Estado se ha salido de sus goznes; con un poco de energía que tuviésemos, bastaría para salvarlo todo».

Sclamente halló apoyo en el general Mack, antiguo amigo suyo por cierto, recién vuelto del campamento, el cual sostenía en todos los tonos que había recursos para salvar victoriosamente la crisis. Al oírle, Thugut se olvidó de que era enemigo suyo, y escribió el diez al conde Colloredo, que suplicase de rodillas al Emperador que oyese á Mack y dictase las órdenes que éste aconsejase. De esta suerte consiguió que no se llamase á las tropas de la frontera rhenana, que el Emperador no se moviese de Viena, que el Archiduque volviese á tomar la dirección del ejército del Rhin y que se encomendase á Mack la defensa de Viena, cuya población, al enérgico llamamiento del gobierno, corrió á las armas, reuniéndose en breve treinta mil hombres en un campamento atrincherado delante de la capital. El sentimiento público se rehizo, y Thugut se afirmó en la convicción de que el peligro no era tan inminente y de que podría dar aun mucho que hacer al enemigo, cuyas avanzadas creía separadas del resto del ejército. En esta confianza, significó al embajador veneciano Grimani, que el Senado debía aprovechar las pérdidas insurrecciones de Bérgamo y de Brescia para unirse al Austria, y como Grimani diese de lado á este candente asunto, dijole Thugut, apretándole fuertemente las manos:—«Bien sé que no está usted autorizado para tratar estas cuestiones; yo mismo no hago sino expresar mi opinión personal, al decirle que Venecia podría en estos instantes salvar el sistema político de Italia y refrenar la codicia del Piamonte y de España; créame, el Emperador está resuelto á proteger este sistema y evitar, hasta donde sea posible, todo contacto con las potencias enemigas; nuestro interés y el de ustedes, señor embajador, son uno y el mismo». Al regreso de Merveldt y de Bellegarde, escribió á San Petersburgo reclamando el socorro de doce mil hombres que se le había prometido, é invitando á Rusia á intervenir como mediadora oficial. Estas medidas eran de obligada precaución; no significaban que Thugut no estuviese firmemente resuelto á utilizar el hilo de la negociación que le había tendido Bonaparte. Para sus adentros, quería sinceramente la paz, pero sólo en buenas condiciones. Este pensamiento cuidaba mucho de no comunicarlo. Todavía el doce de Abril aseguraba á su amigo Eden, que la visita del general Merveldt á Bonaparte sólo tenía por objeto ganar tiempo; «porque ganar tiempo, añadió maliciosamente, es para nosotros, á falta de los subsidios ingleses, verdadera cuestión de vida ó muerte». Encargados fueron de negociar con Bonaparte el propio Merveldt y el marqués del Gallo, embajador de Nápoles, con instrucciones precisas y extensos poderes. Deberían esforzarse por descubrir hasta dónde llegaban las concesiones de Francia; pedir la restitución de la Lombardía, y acceder á la cesión de Bélgica mediante compensación en Italia, no en Alemania, para que no peligrase la integridad del Imperio. Si Bonaparte aceptaba estas condiciones, los enviados podían firmar inmediatamente el tratado. Merveldt partió un día antes que el Marqués, el doce, y llegó á Leoben el trece, unas horas antes de expirar la tregua.

Bonaparte acababa de recibir noticias satisfactorias acerca de la insurrección de Venecia. Landrieux y sus satélites habían continuado su empresa de llevar la revolución á todas las ciudades. El veinticinco de Marzo se presentaron en Saló, recorrieron las calles á los gritos de ¡Viva la libertad!, metieron en la cárcel á los empleados venecianos é instituyeron un Consejo municipal democrático. La participación de los franceses en estos movimientos se manifestó más descaradamente aún en Crema, en donde pidió entrar el veintisiete de Marzo un destacamento de cuarenta caballeros franceses, no más que para pernoctar, debiendo continuar al amanecer su camino hacia Soucino; pero, al día siguiente, de madrugada, llegaron á su vez doscientos infantes, é inmediatamente los caballeros de la vispera atacan y desarman á la guarnición; los infantes entran en la ciudad y arrestan al podesta, Contarini, siendo el león de San Marcos derribado, plantado el árbol de la Libertad y proclamada la independencia de Crema. ¿Cómo era posible que el Senado veneciano mantuviese la neutralidad, si los promovedores de los tumultos eran los propios franceses? Dolidos de la crueldad con que éstos les habían tratado, los campesinos se levantan en masa contra los revolucionarios, principalmente en los valles de las provincias de Bérgamo y de Brescia, de Serina, de Trompia y de Camónica. Al rumor de que los revolucionarios oprimían al pueblo de Saló, millares de labriegos corren á la población, caen sobre la espalda de los enemigos, los dispersan después de causarles grandes pérdidas, y, reforzados con los moradores de los vecinos valles, se revuelven contra Brescia y la bloquean. Todo lombardo ó francés suelto que cae en manos de estas turbas, es degollado sin piedad; el grito de «¡Mueran los franceses! ¡Mueran los jacobinos!» retumba por todo el país, siendo impotente el Senado para reprimir estos desórdenes. Bonaparte había cumplido su deseo; la lucha entre franceses y venecianos estaba abierta. No le fué difícil al general Kilmaine dar cuenta de aquellos bandos indisciplinados y mal armados, bien que no sin sostener sangrientos combates. El nueve de Abril los valles estaban sometidos; las aldeas, devastadas, y Saló, después de breve bombardeo, reconquistada, como decía Landrieux, á la causa de la libertad. Tócanos dar cuenta aquí de un repugnante crimen: para cohonestar su conducta, Landrieux hizo redactar un manifiesto en el que Battaglia, en nombre del Senado, intimaba al pueblo á exterminar á los franceses, y luego, fundándose en este documento por él fabricado, atribuyó á los venecianos la violación de la neutralidad.

El tres y el cinco de Abril, Kilmaine informó á Bonaparte de la ruptura de las hostilidades y del manifiesto de Battaglia, y Bonaparte se apresuró á tomar medidas violentas para hacer la ruptura irremediable. Dirigió insultante carta al Dux de Venecia, diciéndole: «En vano desaprobáis las insurrecciones que habéis provocado. ¿Creéis que mis legiones tolerarán los asesinatos á los que excitáis á la población? Habéis correspondido á nuestra generosidad con la más negra perfidia. Mi primer ayudante os llevará esta carta

La guerra ó la paz; elegid. Si no desarmáis vuestros bandos inmediatamente, si no me entregáis á los asesinos de los soldados franceses, guerra; y si, contra el deseo bien manifiesto de mi gobierno, me forzáis á la guerra, no creáis que mis tropas, á ejemplo vuestro, causarán daño al pueblo inocente de Tierra-Firme; antes le protegeré, y día vendrá en que bendiga vuestro crimen, que obligó al ejército francés á derribar vuestra tiranía». En esta carta se muestra al desnudo toda la ruindad del alma de Bonaparte. Provoca en Venecia la revolución y la guerra civil, y exige responsabilidad por lo uno y por lo otro al pobre Senado, que había apurado todos los términos para mantener la neutralidad. Evidentemente, no había en aquella naturaleza asomo de conciencia moral. Para agravar más aun estos tumultos, dió orden al ayudante Junot de leer la carta ante el Senado reunido, sin embargo de ser esto contrario á las leyes venecianas, y le previno que, si en el plazo de doce horas no se satisfacía á todas las exigencias, declarase la guerra y el ministro francés abandonase la ciudad. Al general Kilmaine le ordenó, que el mismo día en que Junot le enterase de la ruptura de las negociaciones, atacase y desarmase todas las guarniciones venecianas. Tan seguro estaba de que estallaría la guerra, que el nueve escribió al Directorio. «Cuando esta llegue á vuestras manos, nuestras tropas serán dueñas de toda Tierra-Firme»; y á continuación de estas frases, se desataba en improperios contra la bellaquería de Venecia, que sublevaba traidoramente al pueblo para destruir su ejército. En esta carta, ni una palabra se le escapó que revelase su plan de ofrecer Venecia al Austria. El primero con quien de esto habló fué Verninac, encargado de negocios de Francia en la Puerta, y que ahora regresaba precisamente de Constantinopla. Bonaparte le invitó á detenerse en su cuartel general, para hablar de los asuntos de Turquía, que le interesaban para sus ideales sobre el remoto Oriente. Discurrieron también acerca de las bases de la paz, manifestándose Bonaparte resuelto, en contradicción con lo que acababa de manifestar al Directorio, á conservar por cima de todo á Milán. Esto mismo opinaba Verninac. Porque devolver á Milán habría sido sacrificar á los patriotas milaneses en las aras de la venganza austriaca, enajenarse para siempre la confianza de los pueblos que aspiraban á la libertad, sofocar los gérmenes de independencia en las márgenes del Po y privar á Francia de todo género de influencia en Italia. «He aquí por qué, escribía Verninac al Directorio, debemos estar muy agradecidos á los venecianos, cuya ceguera nos ha suministrado, en los momentos más favorables, la posibilidad de poner nuestros intereses en armonía con los del Emperador». Por estas palabras se ve, que Verninac no solamente aceptaba que se conservase á Milán; mas también que se cediese Venecia al Austria. A instancias de Bonaparte, acompañó á Junot á Venecia, para ayudarle con sus consejos y tener al general al corriente del giro que tomasen los asuntos. Otras dos noticias agradables recibió Bonaparte: la una, que Clarke había concluido con el Piamonte, el cuatro de Abril, un nuevo tratado de alianza, en cuya virtud el rey

sardo debería proporcionar nueve mil hombres para la guerra contra el Austria y entregar Cerdeña á la República, á cambio de una compensación en el continente; la otra, una carta del Directorio, de treinta y uno de Marzo, participándole que si el ejército de Moreau no podía moverse aún por falta de dinero, el del Sambre, mandado por Hoche, se disponía á pasar el Rhin. Esta noticia libró á Bonaparte del temor de ser atacado á la vez por todas las fuerzas austriacas, y la tardanza misma de Moreau no le desagradó, por su ministrarle argumento para atribuir á esta lentitud cualquier condición de la paz que disgustase al Directorio. Animado con todas estas nuevas, Bonaparte recibió el trece de Abril al conde de Merveldt.

El negociador austriaco, militar bravo, pero inexperto en diplomacia, desde un principio se dejó imponer por Bonaparte. A la petición de prorrogar el armisticio, contestó éste que sus instrucciones le impedían interrumpir de nuevo las operaciones militares sin tener la certeza de que la paz se concluiría inmediatamente. «La paz, siguió diciendo Bonaparte, sólo puede concluirse con una de estas dos combinaciones: ó el Emperador cede la Bélgica y toda la margen izquierda del Rhin á la República, la cual le restituirá la Lombardia y le dará, en compensación de Bélgica, la Dalmacia veneciana, la Istria y el Friul hasta el Tagliamento; ó el Emperador renuncia á la Lombardia, y entonces la República desistirá de las provincias rhenanas y le entregará, á cambio de Bélgica, toda la Venecia hasta el Mincio, incluso Bérgamo y Brescia». Merveldt se lamentó de no poder aceptar la discusión sobre puntos tan importantes antes de la llegada de Gallo, y se limitó á manifestar que el Emperador deseaba conservar las provincias rhenanas y la Lombardia, y recibir en Italia la indemnización por Bélgica. Bonaparte prorrogó la tregua hasta el diez y nueve de Abril, y Merveldt dió cuenta á Thugut de las importantes proposiciones del general francés.

De estas dos combinaciones, la primera—perder Bélgica y las provincias rhenanas por conservar á Milán y adquirir el Friul oriental—era inaceptable á juicio de Thugut, entre otras razones, porque la cesión de los tres electorados eclesiásticos determinaría la ruina de la Constitución imperial y proporcionaría á su mortal enemiga Prusia nueva ocasión de agrandar su territorio. La segunda—adquirir Venecia hasta el Mincio á cambio de Bélgica y Milán—satisfacía cumplidamente los votos del Emperador, que redondeaba la frontera de sus dominios, por la parte de Hungría, Carinthia y el Tirol, con países fértiles, una costa magnífica y puertos importantes; ganaba súbditos en vez de perderlos, y aseguraba la integridad del Imperio alemán, sin el concurso de Prusia. Thugut no se paró en barras. Ciertamente que el diez de Abril había ofrecido la alianza del Austria al embajador veneciano; cierto que la antevíspera había asegurado á su amigo Eden la fidelidad del Austria y que sólo se trataba de ganar tiempo; pero ¿qué importaba esto ante la adquisición de Venecia? ¿Iba á renunciar, por escrúpulos de monja, á tan rica presea? El quince de Abril, á